

LA VENTA DE LA VIRGEN

ERA ya mucho ir y volver sin descanso en la jornada, ojo avizor a la lejanía o a la quebrada, temeroso del ataque rápido de los almogávares granadinos al atardecer o a la madrugada, especialmente en lugares donde la sorpresa podía surgir en cualquier momento, cuando menos podía esperarse. Y siempre solo. Y el trabajo mal retribuido y a veces no pagado. Y la mula que envejece y los precios que suben y no es posible la sustitución. Y la mujer, siempre malencarada y protestando. Y, sobre todo, a la ida y a la vuelta, el cansancio, el propósito no realizado, el deseo de cambiar de vida. Y enseguida el sueño, la esperanza y la imaginación, que no cesa de elaborar proyectos cuando más dura es la jornada, y que intenta hacer posible el sueño, realidad la esperanza y que poco a poco se encamina a cosas concretas, a la creación.

Y en este cavilar de Juan Ruíz, de profesión trajinero, en su andar de Murcia a Cartagena y a la albufera de Cabo de Palos por pescado, y al Pinatár por sal, y al regreso, la vuelta a Murcia, comenzó a concentrarse en una idea, en algo que si él consideraba necesaria y resultaba atractiva para su cansancio, también lo sería para los demás, y que podía tener éxito y con el éxito el beneficio, el descanso, el dejarse de los trajines de los trajineros, del sobresalto y de no trajinar andando. Y el trabajo sedentario, la compañía y la mujer cerca, a todas horas.

La idea era sencilla y había surgido al paso, por el camino que tan bien conocía, construir una venta, en lugar donde descansar, de posada, de re-



fugio y, en ocasiones, para pernoctar cuando la noche no era propicia por el mal tiempo, por lo avanzado de la hora, por cansancio o por temor al peligro cercano. Pensado, madurado, decidido y hecho.

Y como lugar elegido, el que parecía más adecuado, al iniciarse el llano, el campo de Cartagena, después de haber subido el retorcido y empinado camino del Puerto, el de las siete revueltas, al cabo del cual las recuas forzosamente necesitan un respiro, un descanso y los arrieros, al menos, un trago.

Juan Ruiz, de profesión trajinero, se presentó ante el concejo, pidió y obtuvo un solar graciosamente concedido por los regidores en el lugar elegido, donde construyó su venta y unas casas. Pero si con ellas estaba a cubierto de las amenazas que podrían producirse de algún desembarco de corsarios en las costas del Mar Menor o el rápido paso de los veloces caballos de los almogávares granadinos, surgió lo inesperado, una nueva amenaza y en esta ocasión, al parecer, más peligrosa, ya que la ruptura de las relaciones entre Aragón y Castilla desembocaron en una movilización militar y en frecuentes algaras de los oriolanos en tierras murcianas y de los murcianos en territorio enemigo, en busca unos y otros de cautivos o valioso botín. Peligro para la venta de Juan Ruiz, recién estrenada y para los que en ella pudieran acogerse, ya que desde el vecino término de Orihuela el desplazamiento de los almogávares cristianos podía efectuarse en cualquier momento y con gran rapidez aprovechando la despoblación del campo y su proximidad. Y, además, contaba su "especialización" en la captura de hombres, de cautivos, la presa de mayor valor, el botín más saneado que podía obtenerse entonces.

Esta permanente amenaza obligó a Juan Ruiz, ya ventero, a solicitar autorización concejil para construir una torre en la venta, modo de hacer efectiva la defensa de las casas y asegurar el refugio de quienes huyeran de los almogávares y acudieran a acogerse en ella. Pero en la solicitud añadía también la petición de ayuda económica, puesto que su pretensión de construir una torre era en beneficio comunal. Así lo entendieron los regidores y hubo unanimidad en el acuerdo de concederle trescientos maravedís como ayuda en su construcción, ya que de esta forma se proporcionaba mayor seguridad a los caminantes, arrieros y trajineros que abastecían la ciudad, al mismo tiempo que a los peregrinos que iban a San Ginés de la Jara, a los cazadores o a los pastores que apacentaban sus rebaños en el campo de Cartagena. Nace así, en 1429, la que por tiempo se llamaría Venta de la Virgen.



"En el dicho conçejo paresçió Juan Ruyz, traginero, vezino de la dicha çibdad, e dixo a los dichos señores conçejo, regidores, cavalleros, escuderos, ofiçiales e omes buenos que bien sabian su merçed en como le avian fecho graçia e donaçion de un solar que es en el camino de Cartajena, a la sallida de la otra parte del puerto, para que fiziese allí una venta e ediçiõs a manera de mesõn, porque los que pasasen por allí fallaren las cosas que oviesen de menester e porque el dicho camino fuese mejor guardado, e que el que avia fecho la dicha venta e çiertas casas en el dicho solar que es en el dicho camino a sus propias costas e despensas e avia gastado en ello aquello poco que tenia. E agora por razõn de la guerra de Aragón el querria fazer una torre en la dicha venta porque él e los que allí fuesen e viniessen e estoviesen mas seguros de almogávares, salvo que non tenia caudal para ello, e que si la su merçed plugiese de le fazer alguna ayuda para ello, quei la faria de buena voluntad, e por ende, que les pedía por merçed que viesen e proveyesen en ello aquello que entendiesen que conplia a serviçio del rey nuestro señor e a pro e bien e guarda desta çibdad e vezinos e moradores della. E los dichos señores conçejo, regidores, cavalleros, escuderos, ofiçiales e omes buenos visto e oydo lo que dicho es, dixeron que por quanto era muy conplidero a serviçio del dicho señor rey e al pro e bien e guarda desta dicha çibdad e de las personas que por el dicho camino fuesen e viñiesen de se fazer allí la dicha torre, que mandavan e mandaron a Alfonso Celrran su mayordomo, que presente estava, que de e pague al dicho Juan Royz para ayuda de fazer la dicha torre trezientos maravedis de dos blancas e i maravedí, e mandaron que le fuesen reçebidos en cuenta al dicho mayordomo."

3 septiembre, 1429.

